



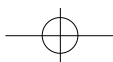
# Espiritualidad desde las mujeres

Pensar en una espiritualidad desde la mujer es pensar en una espiritualidad que se enfrenta a los mecanismos de muerte y destrucción.

Pensar en una espiritualidad desde la mujer es pensar en una espiritualidad que se enfrenta a los mecanismos de muerte y destrucción, en una espiritualidad de la resistencia que crea espacios de comunidad y de aprendizaje, espacios de contención, protección y afirmación.

## Una espiritualidad de la resistencia

ESPIRITUALIDAD QUE SE OPONE A LAS CRUCES Y LOS PESEBRES. Recientemente, en una conferencia en Buenos Aires, Ivone Guebara señalaba como uno de los desafíos a la espiritualidad desde la mujer el discurso asumido de “nuestra cruz”, “la cruz que nos tocó cargar”. Un discurs-



so violento que forma parte de nuestra predicación, nos llama a sufrir silenciosamente la violencia y a asumir sistemáticamente situaciones de sacrificio y postergación. A este discurso proponía oponer un Dios que ya no está en la cruz.

Considero que se puede ir a la raíz de esta oposición. El discurso de “la cruz que nos toca” busca convertir en voluntad de Dios los sufrimientos que atravesamos y que la mayoría de veces cargamos con nosotras. Este discurso coloca penas, injusticias, dolores, sufrimientos de toda índole como parte de un plan de Dios, de lo que Dios quiere y crea para nosotras, para ‘educarnos’ o ‘probarnos’. Cuando asumimos esta mirada estamos negando la posibilidad del clamor: “hay que aceptar lo que Dios nos manda”, “nuestra

cruz”. Nos privamos de asumir la responsabilidad del pecado que produce la mayoría de estas situaciones; ninguna de nuestras acciones e inacciones ni las de los otros tienen relación con ese sufrimiento. Si bien no todas las situaciones que se puedan presentar son fruto del pecado, la mayoría sí lo son, de modo directo o indirecto. Y cuando es ese el caso, hablar de “cargar la cruz que nos toca” es dejar de ver el pecado para depositar la responsabilidad en Dios y ahogar todo clamor, todo reclamo, toda posibilidad de justicia, de conversión y reparación o restauración; incluso, de ahogar toda expresión de ese dolor. Es hacer a Dios a nuestra peor imagen, un dios sádico que muestra lo peor de nosotros, que nos carga de dolores y sufrimientos para que aprendamos o cambiemos o nos perfeccionemos. Al revés de lo planteado por Jesús cuando nos dice que “si ustedes, siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¿cuánto más el Padre celestial...?” (cf Lc 11:13), nos hacemos un dios que expresa ese deseo de omnipotencia, que sueña con el manejo de los otros. Un dios que hace aquello que nosotros no haríamos a nuestros hijos, que puede hacer sufrir, y exigir que se sufra en silencio, sumisamente, diciendo que es por nuestro bien. Un dios que coarta la libertad que nos ofreció, muy alejado del Dios de amor y vida plena y abundante, muy lejano del Dios de la gracia y la libertad que Jesús nos mostró.

Por eso, preferiría manifestar, en oposición a este discurso y dando un paso más, que ¡creo en un Dios que no elige cruces ni pesebres!

**ESPIRITUALIDAD DEL CUESTIONAMIENTO Y EL DESAFÍO** Es la espiritualidad de las mujeres que no puede prescindir de lo vital y corporal, que rechaza la violencia y la muerte. Que se niega a seguir produciendo cruces y pesebres. Que ve en la cruz el vaciamiento de todos los símbolos



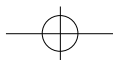
## El discurso de “la cruz que nos toca” busca convertir en voluntad de Dios los sufrimientos que atravesamos y que la mayoría de veces cargamos con nosotras.

de todos los poderes. Muestra del pecado y la falta de la sabiduría que viene de Dios. Porque si la sabiduría de Dios hubiera sido conocida, al decir de Pablo, por los príncipes de este mundo, no habrían crucificado al Señor de gloria. (1 Co 2:8).

Esta espiritualidad se anima a romper con la lectura tradicional de textos que llevamos adheridos a la piel pues traen a nuestra memoria imágenes, olores y sabores que nos proponen, junto con esos recuerdos, que la exclusión puede ser parte de un “plan de Dios”.

En este sentido, y ya que hay muchas excelentes lecturas críticas de los relatos de la pasión, quiero compartir algunas preguntas que desde una espiritualidad encarnada en cuerpo de mujer podemos hacer al relato del Evangelio de Lucas 2.1-7.

¿Cómo habrá sido el nacimiento de Jesús? ¿Cómo lo habrán vivido María y José? ¿Cómo se habrán sentido teniendo que viajar, estando María a punto de dar a luz? ¿Qué sentirían al no encontrar lugar donde estar? Como mujeres, sabemos que María percibía en su cuerpo que el



momento del parto se aproximaba. ¿Cómo se sentiría? Sólo estaba su esposo, ¡ninguna mujer conocida que la asistiera, acompañara y guiara!... ¿No iban al pueblo de José? ¿No quedaba nadie de la familia? ¿Su propia familia, lejana o no, le cerró la puerta antes que el mesonero?

Las condiciones de los países en que vivimos nos empujan muchas veces a cambios que no deseamos ni imaginamos. En medio de esos cambios, muchas veces nos encontramos con que todas las puertas conocidas y razonables se cierran.

¡Dar a luz en un pesebre! ¿Cómo pudo sentirse esa mamá que daba a luz en un lugar desconocido, sucio, lleno de olores?... ¡Entre animales! ¿Alguien elegiría tener a su bebé en medio de un establo, con animales alrededor?

¡Dar a luz en un pesebre!  
¿Cómo pudo sentirse esa  
mamá que daba a luz en  
un lugar desconocido,  
sucio, lleno de olores?...  
¡Entre animales! ¿Alguien  
elegiría tener a su bebé en  
medio de un establo, con  
animales alrededor?



¿Son bonitos los pesebres o solo son símbolo de exclusión? ¿Elegió Dios venir a nosotros y a nosotras así, ahí? ¿O nosotras y nosotros no le hicimos lugar?

Sí, estaba anunciado que sería así, como tantos otros anuncios proféticos que debieron modificar nuestro rumbo errado, pero no: decidimos seguir por él.

¿Qué nos dice esto? ¿Cuáles son los pesebres que tenemos entre nosotros y nosotras hoy? ¿Queremos que a nuestro alrededor haya esos pesebres? Estamos dispuestos y dispuestas a cerrar la puerta diciendo: Aquí no hay lugar, aunque el Señor nos dijo "De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (Mateo 25:40).

Porque aunque el pesebre sea desde esa mirada un símbolo del pecado, la acción de Dios se muestra claramente en la protección y en la respuesta y compañía de los pastores. Dios no quiso que María y José continuaran en soledad, e invitó a otros a que se acercaran al pesebre y fueran testigos de lo que estaba haciendo. Es esta espiritualidad que pone en cuestión los mecanismos de exclusión y, con ellos, todo poder que abandona, hiere, mata y destruye. Es resistencia denunciante. La simple existencia del pesebre es denuncia. Su imagen debería golpear y quebrar la lógica de los poderes opresores.

Esta es la espiritualidad de resistencia encarnada frente a lo que mata y destruye, aquí en Argentina, en las madres contra el paco, las madres de la Plaza de Mayo, las madres del dolor, y tantas otras.

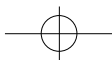
#### **Espiritualidad de las alas**

Mi abuela Emma fue en mi familia un ejemplo de oración, devoción y dedicación a Dios, para quienes la rodeaban. Ella vivía la comunión con Dios y con el prójimo. Supo transmitir esa experiencia, más que con palabras o rutinas, con gestos amorosos. Esta espiritualidad de la que hablo es la de la escucha de Dios y del acercamiento al otro y a la otra, y el encuentro que teje redes de temura y protección, que tiene más que ver con el símbolo de las alas que con el de las cruces y los pesebres.

¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste! (Lucas 13:34b).

Para mí, una espiritualidad desde la mujer tiene que ver con esa experiencia que vi repetirse una y otra vez en las mujeres de tantas comunidades. Mujeres de profunda espiritualidad que no se permite quedar encerrada; mujeres de espiritualidad no privatizada, en la que hay tiempos de soledad y comunión con Dios para nutrirse, y tiempos de salir a compartir. Mujeres que supieron crear lo que yo llamo espacios de espiritualidad en comunidad de aprendizaje, porque nada es tan fuerte en el aprendizaje como los gestos.

Una espiritualidad que no puede estar separada del cuerpo, el cual, con sus ciclos, nos modifica permanentemente y nos conecta con otros ritmos de la naturaleza. Esa espiritualidad que defiende la vida humana y planetaria. La espiritualidad del cuidado y la protección que genera ese ámbito más íntimo del ser bajo las alas. Que permite el refugio en Dios y la confianza, a la vez que nos



mueve a extender las alas como gallinas aguerridas para defender a los suyos.

Una espiritualidad personal y comunitaria que crea lazos, que reúne las plumas que forman las alas para cubrir, cobijar, juntar, animar.

Una espiritualidad que tiene necesariamente que buscar y encontrar el propio valor, no supeditado a la obediencia y la sumisión, ni a los códigos patriarcales, ni siquiera a aquellos códigos que hasta hoy se predicán. Que también tiene que encontrar el valioso lugar, un lugar no secundario, un espacio para el movimiento y la voz, aun desafiando los espacios restringidos que las instituciones religiosas nos ofrecen. Muchas veces ocupando los espacios abandonados de la defensa y la denuncia, la presencia, el alimento y el abrazo cotidianos y necesarios.

Una espiritualidad como la de María, la hermana de Lázaro y la de Marta, que a los pies de Jesús aprende y tiene tiempo para la escucha y la reflexión. (Cf Lc 10:39). Que a los pies de Jesús llora por su hermano muerto "Señor si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto". (Jn 11:32). Con tal llanto y tal confianza en que la presencia de Jesús podía haber hecho la diferencia, que conmueve profundamente y estremece al Mesías. (Cf Jn 11:33). Esa compasión que lo mueve a la acción, que lo hace acercarse y pedir que se quite la piedra del sepulcro de Lázaro. (Cf. Jn 11:33 ss.).

La misma mujer que antes de la Pascua, luego de la resurrección de Lázaro y durante la cena (no al llegar, como era costumbre, para el lavado de pies), trajo un perfume muy caro que derramó sobre los pies de Jesús, pies que secó luego con sus cabellos. Gesto oportuno, amoroso y tierno, atento a la necesidad de Jesús mismo, gesto que Jesús aprueba y cuya oportunidad recalca cuando Judas se queja. (Cf Jn 12:1-8).

Gesto que Jesús elige cuando siente que llegó su hora, porque lo vivió, lo aprehendió y extendió su aprendizaje. Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, así los amó hasta el fin, nos dice Juan. (Cf Jn 13:1b).

Y cuando cenaban, (no al llegar para el lavado de pies como se acostumbraba) Jesús se levantó y se puso a lavar los pies de los discípulos y a secárselos.

Aunque Simón reclama, Jesús continúa enseñándoles que ese gesto debe extenderse. ¿Entienden lo que he hecho? Si yo, el Maestro y Señor, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros. (Cf Jn 13: 13-15). El gesto con que María supo encarnar su aprendizaje a los pies de Jesús. El gesto que Jesús aprendió con María a sus pies, el gesto que él enseña a los pies de los discípulos, tejen la red de la espiritualidad de la comunidad de aprendizaje.

Yo vivo en la ciudad de Buenos Aires que solo en el área céntrica, sin considerar el cono urbano, cuenta con más de tres mil personas de todas las edades que viven en las calles, en el más absoluto abandono. Pero también vivo en comunidades, en esta misma ciudad, en las que mujeres como Liliana se organizaron y llevan adelante espacios donde la gente en aquella situación puede pasar el día, comer, bañarse, sentarse en una silla... En las que mujeres como Susana, Mery, Chela organizan guarderías



Es la espiritualidad que forma alas que defienden, que cobijan, que enseñan y desafían con su misma existencia, con su misma presencia, al aprendizaje más firme y profundo, el aprendizaje vital del hacer como hicieron conmigo.

para los niños de las familias más vulnerables.

Yo viví varios años a pocas cuadras de un barrio del cono urbano en el que más de 120.000 personas viven "por debajo de la línea de pobreza". En este barrio, conocido como Villa Iratí, los niños mueren de enfermedades que pueden prevenirse, los adolescentes mueren a causa del paco y otras muchas y otros muchos son empujados y empujadas a la prostitución.

Pero también viví en las comunidades de Itatí en las que mujeres como Fany, Isabel, María Isabel, Cecilia, Ana Inés y tantas otras crearon y sostuvieron comedores, espacios de recreación y formación. En las que hubo mamás que se encontraron y formaron redes para proteger a sus hijos e hijas del paco que está haciendo "desaparecer" tantas vidas que se nos escurren entre los brazos.

Es la espiritualidad que forma alas que defienden, que cobijan, que enseñan y desafían con su misma existencia, con su misma presencia, al aprendizaje más firme y profundo, el aprendizaje vital del hacer como hicieron conmigo. **SV**

Viviana Pinto es argentina, pastora de la Iglesia Evangélica Metodista en Buenos Aires.

